



Marimba zoque de Ocotepéc, 1995 Fotografía © Marina Alonso Bolaños

Aridoamérica invisible: una visión etnográfica

José Luis Moctezuma Zamarrón*

Para interpretar un famoso refrán mexicano, atribuido a *la Güera* Rodríguez, podríamos decir que, en la antropología, “fuera de Mesoamérica todo es la Gran Chichimeca,” debido al peso que cada región ha tenido en el devenir de la investigación etnográfica. Lo anterior se sustenta ante el evidente interés por los estudios mesoamericanos desde las instituciones encargadas de las políticas de investigación, a la par con la desatención de la riqueza cultural de los pueblos nortños, situación discutida en varios trabajos publicados sobre el norte de México (Sariego, 1999 y 2008; Moctezuma 2010; Moctezuma y Aguilar, 2013). Sin restar la trascendencia de tan importante región y los méritos en la investigación etnográfica centrada en uno de los baluartes de la cultura mexicana, mi interés apunta a plantear lo relevante que es el norte del país y los avances en el conocimiento etnográfico realizado durante los últimos tiempos por antropólogos formados en México sobre los pueblos indígenas que lo habitan, incluyendo la gran cantidad de migrantes asentados en los estados fronterizos.

Gracias a múltiples estudios sobre el norte de México ha sido posible mostrar que el modelo mesoamericano no opera para esta región, debido a las características propias de los grupos que la componen. En los últimos lustros hemos comenzado a expresar con claridad una visión del y desde el norte de México, que implica exponer la complejidad de los grupos étnicos asentados en la región y su inserción en las dinámicas que se generan en ella, que los ubica en un contexto nacional e internacional al encontrarse en la franja fronteriza y, en varios casos, en una condición transfronteriza. Lo anterior, por supuesto, sin aislarlos de sus relaciones con Mesoamérica y los grupos del suroeste de Estados Unidos.

Aun así, el también denominado Gran Noroeste por los estudiosos de esta región continúa siendo un espacio lejano e invisible para quien hace antropología en el centro y sur del país, y un tanto olvidado por la antropología estadounidense, antes dominante en los estudios realizados en esta vasta región, pero ahora alejada por diversos motivos, entre los que destacan el narcotráfico y otros tipos de violencia. Un ejemplo es el del especialista en lingüística antropológica de la universidad de Utah Wick Miller, reconocido investigador de la lengua guarijío, amenazado cuando efectuaba trabajo de campo en la sierra en 1989, a partir de lo cual nunca más regresó a recorrer las rancherías ni a visitar a sus amistades tras largo tiempo de convivencia, tanto académica como personal.

Los avances hechos en los últimos años han sido muchos y muy variados, comenzando por el trabajo etnográfico de largo plazo y los múltiples aspectos considerados en las investigaciones recientes. Entre algunos que muestran elementos propios de esta región destacan el modelo

* Centro INAH Sonora (moctezumajose56@gmail.com).

de ranchería, aún prevaleciente de diversas formas en varias comunidades nortenas, identificado, entre otras características, por la dispersión poblacional en extensos terrenos sin vías públicas bien trazadas, la ausencia de zócalos y espacios para el mercadeo, tal como ocurre en el área mesoamericana. Al mismo tiempo, el sistema de autoridades de gobierno es más horizontal y quienes participan en él realizan otras labores económicas, pues su labor es rotativa y honoraria, es decir, se lleva a cabo sin una recompensa monetaria.

Los pascolas o pascoleros son un grupo de danzantes rituales que distingue a los grupos del noroeste de México. De origen cahita, de los cuales persisten yaquis y mayos, pasaron a los grupos guarijío, pima, o'otam—conocidos como pápagos en México y reconocidos oficialmente como Tohono O'odham en Estados Unidos—, tarahumara, tepehuano del norte e incluso al único grupo que no es de origen yutoazteca: los seris. Los pascolas fueron integrados al sistema evangelizador introducido por los misioneros jesuitas, lo cual dio como resultado un catolicismo nativo que no sólo incorporó a estos bufones rituales, sino también al danzante del venado, en el caso de los dos primeros, y una compleja gama de elementos de la cosmovisión de todos los grupos de esta zona, de acuerdo con la forma particular en que los integraron a su ritualidad. La fiesta religiosa para varios de los grupos étnicos de este territorio sólo se concibe a partir de la presencia de los pascolas.

La ritualidad y cosmovisión han sido investigadas con mayor profundidad y en distintas comunidades de los grupos trabajados, con lo que se ha obtenido un avance en el conocimiento de una riqueza poco estudiada y con variadas aristas. La descripción de prácticas rituales ha mostrado la rica diversidad interna y ha dado pautas para mostrar las posibles relaciones intra e interétnicas, así como procesos que nos revelan una gran diversidad en el interior de esta amplia región. A su vez, los mitos de creación y de otros tipos indican un inmenso aparato mítico entre estos grupos étnicos, algunos compartidos y otros propios de cada agrupación, lo cual revela una riqueza extraordinaria y muy poco conocida de uno de los sustentos más importantes que le han dado viabilidad a estas sociedades, a pesar de presiones extremas para integrarlos a los ámbitos regional y nacional.

Otro ejemplo de los avances de la etnografía en los últimos años se ha hecho notorio en el conflicto por los recursos naturales a escalas que están mermando cada vez más los espacios naturales que le han dado susten-

to a la subsistencia, cultura e identidad de los pueblos indígenas de la región. Éstos vienen acompañados de la lucha por los recursos simbólicos, incluyendo la ritualidad y el uso de las lenguas nativas. Las pugnas por los recursos se han agudizado en tiempos recientes y de alguna manera han permeado los estudios etnográficos, que revelan dinámicas altamente conflictivas, en algunos casos con dosis de abierta resistencia y en otros de modo soterrado, sin dejar de lado el tremendo impacto en las sociedades indígenas, con cambios de todo tipo, reflejados sobre todo en un fuerte desplazamiento lingüístico y en transformaciones graduales y radicales en las pautas culturales y aun identitarias de los grupos étnicos de la región.

El impacto de la globalización y de los procesos regionales, incluyendo los fronterizos, ha ejercido una presión extrema sobre los hablantes de las lenguas indígenas localizadas en el norte de México, además de los procesos de desplazamiento acelerado de quienes migran a la región desde el centro y el sur del país. Es notoria la dinámica de la pérdida de un buen número de lenguas o el agudo conflicto lingüístico que experimentan el resto de las lenguas de esta zona, mucho más acentuado que en otras regiones (Cifuentes y Moctezuma, 2009). Los ámbitos de uso de las lenguas se ha reducido a espacios muy limitados, incluso privados, y la escuela ha funcionado en forma negativa en la mayoría de las comunidades indígenas. Dadas las políticas lingüísticas del Estado y el estigma de hablar una lengua indígena, no se ve la posibilidad de su continuidad a mediano plazo, incluso en aquellas lenguas que hasta hace poco mostraban una fuerte vitalidad, como el seri y el kickapoo. El germen de la pérdida ya está presente en los últimos años, mientras que otras lenguas se encuentran en un claro proceso de desaparición, como el mayo, con sus casi 40 000 hablantes, o los casos extremos del pima, o'otam, que se habla en México, y las lenguas yumanas de Baja California y Sonora.

Otro aspecto que sobresale en la etnografía para esta zona se relaciona con la migración y las formas de movilidad de los grupos nativos de la región. Por un lado está el esquema de migración de grandes grupos provenientes del centro y sur del país, quienes en las últimas décadas han aumentado en forma exponencial a lo largo de ciudades y centros agrícolas de los estados fronterizos. Por el otro tenemos otras formas de movilidad indígena dentro de la misma región donde habitan, principalmente hacia las grandes ciudades y las localidades fronterizas o a los campos agrícolas

enclavados en las grandes zonas productivas que requieren de jornaleros.

Esta puesta al día sobre las problemáticas expuestas, además de otras más, ha sido fruto de varios esfuerzos académicos. El proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio del INAH es uno de ellos, y se encuentra entre los más productivos para esta región. Antes de este programa de investigación, el trabajo colectivo apenas asomaba en algunos intentos, como el proyecto de la ENAH para la Sierra Tarahumara, dirigido por Eduardo Gotés desde la década de 1980, o la conformación del equipo para abrir la ENAH Chihuahua en 1990, a partir de la cual se llevaron a cabo distintos proyectos entre los investigadores que la formaron.

En 1999 se crean los equipos de Sonora, Chihuahua y Nuevo León dentro del proyecto de etnografía del INAH, y desde entonces una parte de los participantes del primero han publicado en cada una de las líneas de investigación, constituyéndose en uno de los equipos más consistentes en su producción académica. Con los años, el equipo de Sonora se dividió en dos, pero más adelante sólo quedó una parte del grupo original, el cual se unió al de Chihuahua para a la postre quedar como el equipo Sonora-Sinaloa-Chihuahua. Varios han sido los coordinadores, investigadores y asistentes de investigación que han colaborado de modo activo en la producción etnográfica de la región. A 15 años de su constitución, mucho ha pasado en torno al ejercicio profesional de sus integrantes y a los resultados obtenidos en tres lustros de intensa actividad etnográfica.

Entre los logros, destaca la formación de cuadros que realizan investigación de largo plazo en la región. Esto contrasta con un considerable número de estudios llevados a cabo durante cortos periodos y que originan algún resultado, pero sin continuidad. El proyecto ha dado frutos, al impulsar o apoyar a estudiosos ya iniciados en el trabajo con los grupos autóctonos del norte de México, así como al permitir a investigadores ahora reconocidos por su labor etnográfica que den continuidad a sus intereses académicos, como Hugo López, con los mayos; Claudia Harriss, con los guarijíos; Ana Paula Pintado, Guadalupe Fernández y Vinicio Morales, con los tarahumaras; Érica Merino, con los yaquis; Alejandro Aguilar, con varios grupos sonorenses, y José Luis Moctezuma, con los yaquis y mayos. Además, para la línea de territorialidad se contó con la colaboración de María Eugenia Olavarría, investigadora de la UAM y especialista en los yaquis.

Además, el proyecto en el norte ha apoyado a varios estudiantes para titularse, algunos trabajando dentro del proyecto y otros como becarios bajo el programa del Conacyt. Algunos de los ya mencionados obtuvieron sus grados de licenciatura, maestría y doctorado, mientras que otros también lograron su objetivo de titulación, como Fidel Camacho, Pablo Sánchez y Dulce María Espinosa, con los mayos; Rodrigo Rentería, con los seris; Gerardo Conde, con los guarijíos, así como Cristina Aguilar y Mariano Albergo, con los yaquis. Cabe destacar que no todo ha sido miel sobre hojuelas en el proyecto, y por diversas razones algunos de los adscritos a los diferentes equipos no lograron su cometido y quedaron fuera del proyecto en algún momento, mientras que otros se agregaron a determinado equipo regional, aportando su conocimiento bajo una dinámica distinta a la del grupo inicial.

La conformación de los equipos de investigación para el norte de México no fue una tarea fácil. Al inicio del proyecto había pocos estudiosos con trayectoria en la región y muchos jóvenes recién salidos de las escuelas del INAH en busca de comenzar a laborar bajo esquemas más teóricos que prácticos. En varios casos el trabajo etnográfico les era ajeno y lo veían más como una sujeción que como una herramienta para el análisis antropológico. Hacía falta una metodología para la obtención de datos y una tarea para la sistematización de los mismos, además de entender la dinámica interna de los grupos a estudiar y sus particularidades culturales e identitarias, precisamente porque aún permeaba una visión mesoamericanista en los modelos estudiados antes de enfrentarse con las realidades de los grupos étnicos del norte de México y notar sus características bajo un esquema distinto al dominante en la antropología mexicana.

Dada la falta de investigadores de tiempo completo trabajando en el INAH Baja California, así como la carencia de recursos financieros y humanos, no fue posible englobar en el proyecto a los pueblos de origen yumano, muy alejados de la sede del Centro INAH Sonora, lugar donde se concentraban los miembros del equipo de Sonora. A pesar de esto, estudiosos ubicados en la península, como Everardo Garduño, Miguel Olmos, Maximiliano Muñoz y, en los últimos años, la lingüista Daniela Leyva han avanzado notablemente en la investigación sobre los grupos kiliwa, pai pai, kumiai y cucupá, además del aporte de Ricardo Pacheco, Camilo Sempio y Nicolás Olivos.

En el equipo de Chihuahua participaron como coordinadores Augusto Urteaga (†), Eugeni Porrás y Luis

Eduardo Gotés. En la investigación participaron Alejandra Esparza, Margot Heras, Norma Loera, Kiriaki Oripinel, Eduardo Saucedo, David Sámano y Sebastián Neveu, Margarita Hope y Nicolás Olivos. En Sonora coordinaron José Luis Moctezuma y Alejandro Aguilar, con la participación de Ímuris Valle, Tonatiuh Castro, Gerardo Conde, Jiapsy Arias, Yuri Ortiz, Rodrigo Rentería, Roberto Ramírez y Felipe Mora. En la segunda fase del proyecto se unificó parte del equipo inicial de Sonora con Chihuahua y se conformó el equipo Chihuahua-Sonora-Sinaloa, incluyendo a Guadalupe Fernández, Érica Merino, Ricardo Rodríguez, Ana Paula Pintado y Marco Vinicio, además de Hugo López, Claudia Harriss y José Luis Moctezuma como coordinadores. Al inicio también participaron Andrés Osegura y Eduardo Saucedo, pero pronto se adscribieron al equipo de Durango. En la tercera etapa coordinaron Hugo López y Claudia Harriss, con el apoyo de Ana Paula Pintado, Pablo Sánchez y Gabriel Hernández. Por su parte, para el caso de los migrantes en Monterrey, se creó el equipo coordinado por Olimpia Farfán, apoyada por Ismael Fernández y Jorge Arturo Castillo. Ellos revelaron importantes datos sobre grupos migrantes hacia el norte de México, específicamente en una de las ciudades que atraen grandes poblaciones de diversos estados de la República, formando activas comunidades reproductoras de su lengua, cultura e identidad.

Entender los fenómenos a que nos enfrentábamos utilizando otra perspectiva de análisis nos llevó por un largo y sinuoso camino, pero al final hemos formado nuestra propia visión de la realidad para mostrar la rica diversidad del norte de México. Esto no ha sido en exclusiva obra nuestra. La comparten otros investigadores que han estudiado la región por largo tiempo o que, al enfrentarse con ciertas problemáticas, han requerido replantear sus modelos y modificar esquemas de investigación, para hacerlos más acordes con la realidad que viven los pueblos indígenas que habitan el norte del país, así como la de los grupos migrantes asentados en la región, algunos de los cuales han formado comunidad e incluso su descendencia ha nacido en los lugares de destino, donde reproducen algunas de sus viejas tradiciones e incorporan otros elementos al compás de los nuevos tiempos y espacios de residencia.

De manera lenta, pero continua, la etnografía hecha en el norte de México ha ido ganando un espacio en las discusiones sobre la configuración de la antropología en el país, no sin resistencias a considerarla desde su propia lógica. Sin embargo, aún falta mucha difusión de los

últimos aportes al conocimiento de la región. Dado su carácter marginal en las discusiones centrales, aún no logra ser reconocida como una pieza fundamental en el mosaico cultural de México, y de igual modo ocurre con las contribuciones que puede ofrecer a la multiplicidad de fenómenos compartidos con otras regiones, en especial con el área mesoamericana. Quienes se han acercado a las publicaciones recientes han reconocido su riqueza y mostrado una actitud de admiración ante el desconocimiento de muchas de sus peculiaridades y la forma de abordarlos, señalando la necesidad de transparentarla a los ojos de la corriente preponderante en la comunidad antropológica.

Los temas tratados en el proyecto de etnografía han sido variados, lo cual ha permitido a los investigadores tener un panorama global sobre la situación general en las comunidades bajo estudio. Para avanzar en el conocimiento de cada temática se requirió, en primer lugar, conocer el estado del arte, para luego plantear una línea de investigación acorde con las propuestas generadas por los coordinadores de línea, siempre con la libertad de hacer nuestros propios planteamientos a partir de nociones previas, tanto de otros investigadores como de quienes teníamos experiencia en campo. A esto se añadió trabajo de campo extensivo para cada tema y constantes discusiones en los seminarios programados desde la Coordinación Nacional de Antropología, los realizados en el interior del equipo y los motivados por los dictámenes para la publicación de los resultados.

Es preciso destacar que los productos de las distintas líneas de investigación representan un aporte al conocimiento de la diversidad de los pueblos indígenas de la región, pero resultan iniciales por el tiempo dedicado a su realización. Varios de estos temas han sido mejor desarrollados en artículos, tesis y libros por parte de los investigadores del equipo, según los intereses particulares que cada uno hemos mostrado a lo largo de tres lustros de estudios en la zona, por lo que la generación de conocimiento no sólo se queda en las publicaciones de los ensayos para cada una de las líneas temáticas investigadas.

Sin duda, algo a tomar muy en cuenta al hacer trabajo de campo en esta región es la seguridad. La violencia ya es endémica en muchas de las comunidades y cada salida representa un desafío para la obtención de datos. Los informes sobre los crímenes en la zona muchas veces nos dejan helados y algunos de los investigadores han pasado por momentos de mucha tensión al estar presentes o cercanos a diversos tipos de vio-

lencia. Una evidencia de esta problemática se muestra en el epílogo del libro de Claudia Harriss (2012), en el que se exponen las atrocidades que padecen los indígenas de la región, sobre todo en la zona serrana.

Otros problemas para realizar trabajo de campo en la región se vinculan con las inclemencias del tiempo – intenso calor en verano, sobre todo en el territorio desértico, y frío extremo en invierno, en especial en las partes altas de la sierra–, las grandes distancias a recorrer, las dificultades para moverse en la sierra, incluso llevando vehículo, las alimañas, las enfermedades de temporada y por contagio, así como la resistencia, en algunos casos, de las comunidades y la gente para colaborar con los etnógrafos. A pesar de lo anterior, existe un consenso entre los participantes del equipo en cuanto a lo motivador que resulta efectuar trabajo de campo, así como los vínculos comunitarios que se logran por hacerlo a largo plazo. Todos tenemos anécdotas de aquellos momentos especiales compartidos con los actores sociales de las comunidades que nos reciben, y sin duda nuestra labor académica adquiere mayor valor a partir de los datos obtenidos, fundamentalmente bajo el modelo de la observación participante.

A pesar de los avances en el estudio de la riqueza cultural del norte de México en los últimos tres lustros, la enormidad de las problemáticas es exorbitante, por lo que es necesario realizar mucha más investigación en ella, sobre todo a largo plazo, así como la formación de un número creciente de investigadores que se eduquen con una perspectiva más cercana a las características de esta región, sin olvidar los aspectos compartidos con otras regiones culturales que la circundan, así como las interrelaciones entre ellas, considerando sus diversas formaciones sociales. A fin de cuentas, la experiencia nos ha demostrado que el modelo teórico y metodológico se tiene que apegar a la realidad y no al revés. Así, la diversidad y complejidad del norte de México sólo puede ser objeto de estudio bajo su propia lógica: un principio de quienes creemos que es el único camino para dar cuenta de su realidad.

Bibliografía

Cifuentes, Bárbara y José Luis Moctezuma, “Un acercamiento al bilingüismo en México a través de los censos”, en *Entre las lenguas indígenas, la sociolingüística y el español. Estudios en homenaje a Yolanda Lastra*, Martha Islas (comp.), Bonn, Stollfuß (Lincom Studies in Native American Linguistics, 62), 2009, pp. 528-562.

Harriss Clare, Claudia Jane, *Wa'ási-kehkíbuu naaósa-buga. “Hasta aquí todas las palabras”. La ideología lingüística en la construcción de la identidad entre los guarijíos del Alto Mayo*, Chihuahua, Instituto Chihuahuense de Cultura (Rayénali), 2012.

Moctezuma Zamarrón, José Luis, “Los pueblos indios del norte de México y su inserción en la historia nacional”, en *Miradas sin rendición. Imaginario y presencia del universo indígena*, México, Fideicomiso para la Organización de la Conmemoración del Bicentenario de la Independencia Nacional y Centenario de la Revolución Mexicana/DCE/El Equilibrista, 2010, pp. 219-231.

____ y Alejandro Aguilar Zeleny, “Introducción. Las sociedades indígenas en el noroeste de México”, en *Los pueblos indígenas del noroeste de México. Atlas etnográfico*, J. L. Moctezuma y A. Aguilar (coords.), México, INAH/Instituto Sonorense de Cultura/Inali, 2010, pp. 13-23.

Sariego Rodríguez, Juan Luis, “Propuestas y reflexiones para una antropología del norte de México”, en *Noroeste de México*, número especial: *Antropología de la identidad e Historia en el Norte de México. Homenaje a Alejandro Figueroa Valenzuela*, J. L. Moctezuma y María Elisa Villalpando (eds.), Hermosillo, Centro INAH Sonora, 1999, pp. 17-21.

____, “Matrices indígenas del noroeste de México”, en *Retos de la antropología en el norte de México. 1er Coloquio Carl Lumholtz en Antropología e Historia en el Norte de México*, Juan Luis Sariego Rodríguez (comp. y ed.), Chihuahua, Conacyt/ENAH Chihuahua-INAH, 2008, pp. 183-200.

